

á retroceder; y estas tentativas han producido luchas entre Buenos-Aires, el Paraguay y el Brasil, por la sencilla razon de que en la navegacion de los rios americanos, no se disfruta de la misma libertad que en la de los rios europeos, asegurada por el congreso de Viena. La Europa anhela tambien trasportar su comercio y su civilizacion al interior del continente americano, subiendo el rio de las Amazonas y el de la Plata, que admirablemente confunden sus aguas.

He aquí lo que constituye el fondo de las disensiones americanas interiores ó entre uno y otro estado, las cuales empeoran la condicion de la parte meridional del otro hemisferio y convierten los héroes de la independencia en bandoleros [1].

Añádese á lo que va dicho que las potencias europeas no dejan de acosarla con pretensiones añejas ó con reclamaciones nuevas. En efecto, Francia á pesar de que habia reconocido en 1830 aquellas repúblicas, se declaró despues enemiga de Buenos-Aires y fomentó en ella la guerra civil capitaneada por Manuel de Rosas contra el presidente Rivadavia. Rosas procuró robustecerse con los campesinos, agregando tambien á sus fuerzas las tribus salvajes para oponerse con mas resistencia á los unitarios. Por este medio consiguió hacerse gobernador, fomentó las correrías contra los salvajes de la Patagonia y consiguió lograr la dictadura por el voto popular [1835]; y aunque los franceses sus declarados enemigos bloquearon la república, recayó en él la reeleccion en el año de 1840. El vice-almirante Mackau, habiendo entablado tratados con él, tuvo motivos bastantes para convencerse de que las inculpaciones que le hacian los desterrados eran muy exageradas. En esta circunstancia se agitaron tambien largas discusiones con la corte de Roma, y las sedes episcopales quedaron por mucho tiempo vacantes.

El general Castilla, que llegado á ser presidente del Perú, se ha dado á conocer en nuestros tiempos como buen administrador, pone en juego todos los medios que están á su alcance para conservar la paz, que es el bien supremo de la sociedad política. En efecto, si los estados meridionales entran en el buen camino del orden, entonces se co-

(1) Muchos italianos han tomado parte en los movimientos de la América Meridional. Era de origen italiano Manuel Belgrano, literato que escribió en los periódicos á la independencia, que combatió por ella y que adquirió gran popularidad por haberse esforzado en propagar los conocimientos en las clases inferiores (1820.) El coronel D. Agustin Codazzi de Lugo terminó un crecido número de trabajos geográficos en Venezuela, y tambien hoy coopera á colonizar la alta region de la cordillera marítima de aquella república. El genovés Garibaldi peleó en Montevideo antes de regresar á Italia para servir de apoyo al pendon tricolor.

menzarán nuevamente las escavaciones de las minas y el cultivo de los campos, y se introducirán productos nuevos como se ha verificado ya en el Brasil con el té: los ferrocarriles y los buques de vapor facilitarán los tránsitos de largas distancias; se creará una fuerza marítima, importante sobremanera en un país en donde los rios y los bosques inmensos estorban la expedicion de los ejércitos, y finalmente los misioneros volverán á ejercer aquella especie de invasion civilizadora.

A decir verdad, los países que disfrutaban hoy en aquella parte de América de las ventajas de la civilizacion, dilatan cada dia mas su poder sobre algun terreno nuevo, y aquellos mismos pueblos que no reconocen freno todavia, no están sumidos en una completa barbarie, por haber adquirido ya algunas formas civiles, el ejercicio de algunos oficios y el arte del cultivo. Será ademas una empresa de mucha trascendencia la de cortar el istmo de Panamá, lo que empezó á creerse posible despues de lo que escribió Humboldt sobre el particular; así que parece que hoy se ha estudiado en todas sus partes, próximo á verificarse. Cuando las seiscientas mil toneladas de mercancías, que doblan en esta época el cabo de Hornos, vean tan grandemente abreviado su camino y los gastos de flete, toda la Europa, y aun mas las innumerables islas de la Polinesia y de la Malaya, así como las opulentas regiones que están en la costa oriental y meridional del gran continente asiático, experimentarán ventajas incalculables.

LITERATURA.—ROMANTICISMO.

Los tiempos que vamos corriendo, á pesar de que eran muy agitados, llevaban el alto nombre de *paz*: y en esto podemos decir, que nosotros somos parecidos á los chinos de quienes nos mofamos, pues que lo medimos todo tomando á nosotros mismos por modelo. Es cierto, sin embargo, que la quietud en Europa, ó mas bien la consecuencia ordinaria de los grandes sacudimientos infundió un fuerte estímulo en los ingenios; así que dió origen ó mas bien descubrió un movimiento literario, que ha sido de los mas notables en los tiempos modernos, aunque tenia como las demas cosas su causa en lo pasado.

La literatura del siglo anterior, aun cuando tuviese muy poca originalidad, habia, sin embargo, tomado formas propias y una apariencia de unidad, porque tendia á la demolicion (1), que era lo que todos se habian propuesto.

(1) Hemos dicho repetidas veces en el curso de esta historia, que el timbre de la revolucion francesa del año 1789, era el de la destruccion universal del orden político y religioso. Ahora bien, en esta circunstancia no queremos pasar por alto, que todas las épocas históricas de gran

Alcanzó su intento; pero los triunfadores se separaron, como siempre acontece en casos semejantes, y pusieron en ejercicio sus fuerzas sin miras determinadas, y con aquella variedad de fines y medios que constituyen el carácter y los defectos de nuestros contemporáneos. Estalló luego la revolucion, la cual no se limitó tan solo á agitar los ingenios franceses; pero el entusiasmo de los que abogaban en favor de las novedades ó que las aborrecian, como tambien el espectáculo ó la ansiosa esperanza de grandes conmociones, quitaron tanto á los escritores como á los lectores la reflexion y la calma. Entonces el brazo se vió obligado mas bien á empuñar la espada que la pluma, y no podía haber mas literatura sino la fuerza del talento aplicada á los negocios. En efecto, las tribunas de la Gran Bretaña y de Francia resonaron con una elocuencia que no tenia modelo, porque no se habian discutido hasta entonces intereses mas colosales, y la

transicion, llevan un sello especial que empieza á notarse primeramente en las obras de los escritores, y que paulatinamente se propaga hasta invadir la sociedad entera. Despues de la caída del imperio romano, el espíritu religioso y las creencias católicas dieron su carácter á todos los pueblos de Europa, el cual produjo el gran poder de los Papas y las expediciones á la Tierra Santa, los cuales fueron los dos elementos fundamentales de la civilizacion moderna. El siglo XVI tomó por divisa la reforma religiosa y la libertad de conciencia, elementos entrambos de disolucion social, los cuales tomando ensanche y propagándose en todas las clases, produjeron aquella filosofía escéptica é impetuosa, que mirando poco á poco todas las bases del cuerpo político y de las verdades mas augustas del cristianismo, proclamó los principios de la filosofía sensualista y de una demolicion insensata, que degeneró durante la revolucion francesa arriba mencionada, en el ateísmo y en la anarquía, que es su inmediata consecuencia. Napoleon con su mano de hierro, reprimió el espíritu turbulento que se habia apoderado de la Francia, y que habia invadido tambien la mayor parte de los Estados europeos; pero la política de aquel gran conquistador, que se apoyó en los tronos que él mismo habia quebrantado, y en los abusos que habian sido la causa principal de una larga catástrofe, no podia subsistir por mucho tiempo. En efecto, su duracion no pasó mas allá de la época en que Napoleon embriagó al mundo entero con sus glorias militares. Caído el imperio francés, las potencias europeas podian haberse consolidado apoyándose en los principios de una bien entendida reforma constitucional; pero en el congreso de Viena se concedió muy poco á las exigencias del siglo, y esto mismo con ánimo de anularlo para volver al orden antiguo, restableciendo el poder absoluto, tal como Napoleon lo queria. á saber, fundado en una represion violenta y continua que le die- ra algo de militar en todos sus procedimientos. Esta nueva política, patrocinada con especialidad por el gran Metternich, no podia producir otro

poesía que recibia sus inspiraciones de los movimientos populares y bélicos, renovó en algunas de sus canciones los prodigios de la lira de Orfeo y de Anfiton, sin poder, sin embargo, aspirar al renombre de *bella*. Cuando los espíritus volvieron á calmarse en alguna manera, José Chenier fué el poeta en moda; pero el entusiasmo de sus poesías líricas no se diferenciaba en nada del de su tiempo; sus tragedias, que agradaron á la sazón por sus alusiones, son frias en su acompañada regularidad y falsean la historia. Las inspiraciones de Chenier en sus últimos y avanzados años, son un conjunto de gemidos y estremecimientos robustos, producto de sus desengaños.

Desaparecidos los objetos grandiosos que habian dado formas gigantescas á la república, y absortas todas las voluntades en una sola, la admiracion se reconcentró tambien en un solo individuo; los periódicos asalariados por él elogian ó vituperan á su talante,

efecto que el de exasperar los ánimos, y dar un secreto impulso á la revolucion moral, que se habia ya verificado casi completamente en toda la Europa despues del año de 1789. Pero ni Metternich, ni todos los demas que abogaban en favor del orden antiguo, podian restablecer aquellas instituciones políticas, religiosas y militares, que eran indispensables para la gran máquina monárquico-absoluta; por lo cual la nueva política reaccionaria, adoptada por el congreso de Viena produjo inconvenientes antisociales, y tomó visos de un verdadero anacronismo, tanto porque los pueblos habian llegado á penetrarse de sus derechos, como porque en vez de verlos garantizados, segun las promesas que se les habian propuesto durante el imperio francés, se encontraron ahora que se les negaban aquellas mismas concesiones y reformas que los monarcas europeos habian promovido antes de estallar la gran revolucion francesa. Todo esto produjo una serie de calamidades que hemos presenciado hasta hace poco, y finalmente ha dado origen al socialismo, el cual, aunque es uno de los tantos delirios que invaden de vez en cuando al género humano, es muy peligroso, porque halaga á la clase mas numerosa de la sociedad, dándole á entender que todo lo que poseen los grandes propietarios es un robo en su perjuicio. Pero este principio espantoso de demolicion no es mas que una consecuencia del descontento universal y de la reaccion que dejaron á Europa como herencia los principios adoptados por el congreso de Viena, los cuales en gran parte se han desplomado por si mismos con motivo de las vicisitudes y reformas políticas de Europa. Diremos, pues, que el remedio mas oportuno para destruir las teorías perniciosas y anárquicas del socialismo, que tiende á la demolicion, es aquel mismo que se ha proclamado en todas las épocas por los buenos políticos, es decir, las sábias reformas inherentes á los intereses comunes y á todas las clases indistintamente, no violando las doctrinas constitucionales proclamadas por unanimidad de este siglo.

(Nota del traductor.)

usando como Geoffroy, de las armas de una crítica que no tenía caracteres graciosos ni urbanos, porque se derivaba de la del siglo anterior, época en que no se apreciaba más que la llaneza; época en que Shakespeare no se conocía sino a través de Voltaire y de Ducis; y últimamente, época en que La Harpe, espíritu elegante y tímido, y de vez en cuando acalorado, no veía nada más grande que los siglos XVII y XVIII, pregonando que la gloria de Racine y de Voltaire consistían en haber añadido nuevas gracias a Sófocles y a Eurípides.

Delille fué muy dichoso (1738—1813) por haber sido amado sin dar celos, y por haber despertado simpatías, tanto con sus defectos como con su talento descriptivo. Este autor pasó su vida en buscar materia á propósito para su intento, y se esmeró en pintar bien, pero no supo nunca formular un cuadro. Carece de ideas; no fué dotado de entusiasmo por la naturaleza; no posee inteligencia histórica, ni tiene riquezas científicas y va mendigando pensamientos en los libros ajenos, con especialidad cuando se trata de prosa, para reproducirlos en versos armoniosos. Su mejor trozo, á saber, el prefacio á las *Geórgicas*, ha sido traducido por Dryden. Sin embargo, trabajando en estas últimas, aprendió el artificio de la descripción y produjo su obra maestra *Los jardines*. Habiendo tomado la prosa un tono ampuloso con Rousseau y Buffon, habría debido Delille dar otra forma y entonación á sus versos; pero contrario hasta el extremo á toda especie de atrevimiento, poseyó tan solo un instinto vago de la melodía y elegancia. No quiso hermanarse con el partido filosófico; se retiró de Francia el 9 termidor sin que nadie se lo impusiera, y regresó de la misma manera en 1802, publicando por intervalos varias composiciones, en las que por su diversión pintaba juguetes, escenas científicas, países, ensayos de varios géneros y fruslerías. Sus formas poéticas agradaban, y le proporcionaron una apoteosis: duquesas inglesas y princesas polacas le escribían, prodigándole repetidas gracias; cuando se presentaba en la academia, todos celebraban su venida; sus lecturas escitaban aplausos y arancaban las lágrimas, y entonces se le llevaba en triunfo. Los ejemplares de sus composiciones llegaron algunas veces hasta cincuenta mil.

De Fontanes, autor que no tiene un gusto determinado entre lo voluptuoso y lo devoto, compuso los discursos del emperador Napoleón; pero tuvo también bastante osadía para negarse á condescender con sus voluntades. Joubert, amigo suyo, nada llevó á cabo, y Chateaubriand, mas adelante publicó únicamente los pensamientos de este autor (1).

[1] Decía hablando de Voltaire: "Sus movimientos son graciosos y sus facciones disformes como las del mono: conoció la luz, pero tan solo

La protección administrativa favorecía las artes, que son un producto de la imaginación; pero las inducía á escribir tan solo para lograr premios y pensiones; así que la literatura, independiente y altiva, que conservaba aún la memoria del gran papel que había hecho en el siglo anterior, no puede hallarse sino fuera de Francia.

El entendimiento en Alemania, dominado por una sabiduría mas profunda, se veía obligado á dudar y á elaborar todos los materiales con que le brindaba lo pasado. En el siglo anterior se habían levantado ya muchos contra la literatura afrancesada, y con especialidad Bodmar, mas acreedor á nuestros elogios por sus ilustres alumnos que por sus obras. Entre aquellos se cuentan el naturalista Haller, el escritor de novelas Wieland, y con preferencia á todos Federico Klopstock (1724—1803). Su *Mesiada* no es ya un poema para las escuelas, sino una inspiración bíblica, que refiere la vida del Hombre Dios. Conociendo el autor que la quietud del Todopoderoso, escenta de pasiones, produciría ideas monótonas, las anima con los caracteres variados de los apóstoles y de los genios, y con los himnos que entona de vez en cuando. Klopstock guardó silencio contra sus críticos, y siguió arrastrándose en la miseria hasta que logró obtener una pensión del rey de Dinamarca; y finalmente pudo cantar: "Todo de tí lo esperé, ¡oh celeste mediador! he concluido ya el cántico de la nueva alianza; el estudio tremendo ha llegado á su término, y tú has perdonado mis pasos vacilantes. Ea, ea, siento ya mi corazón inundado de alegría, derramo lágrimas de ternura. No pido recompensas.... ¡No he gustado ya los goces de los ángeles celebrando al Señor! Mi corazón se conmovió hasta lo profundo; mi ser se agitó hasta lo mas íntimo. ¡No he visto yo los ojos de los creyentes empapados en lágrimas! ¡Y en otro mundo no me recibirán estos aun con lágrimas celestiales!"

Cuando le alcanzó la muerte repetía en voz baja un trozo de su *Mesiada*, y otro fué cantado al rededor de su féretro. ¿Puede existir un elogio mas solemne y envidiable? Espíritus nobles se concertaron en Alemania para apadrinar las doctrinas, para escitar el sentimiento bajo sus varias formas, para resucitar las memorias patrias: los doctos se pusieron en contacto con los iliteratos, y se formaron sociedades y puntos de reunión, aun cuando no fuese mas que para leer los

para disiparla, fraccionando todos sus rayos á manera de un prima." Dice de Le Sage: "Sus novelas parecen escritas en un café por un jugador de dominó que sale de la comedia." Dice de La Harpe: "La facilidad y la abundancia con que él habla el lenguaje de la crítica le dan el aire de hombre hábil, y sin embargo no hay tal." Y finalmente, hablando de Barthelemy dice: "Anacarsis da la idea de un buen libro; pero no lo es."

periódicos. Así es, pues, que la literatura alemana cobraba aliento, y mientras que había imitado las letras francesas y las formas clásicas, estaba ahora agitada por el espíritu de libertad, y dirigiendo sus miradas hacia la Gran Bretaña, se aventuraba á correr los riesgos que trae consigo la originalidad.

Augusto Burger, que se inspiraba con las memorias nacionales, fué proclamado en el curso de su vida desgraciada poeta popular, y esponiendo en sus baladas las tradiciones vulgares en tono familiar y plebeyo, no deja algunas veces de elevarse desde tan bajo terreno hasta lo sublime. El tierno Holty está dominado en sus versos por el presentimiento de una muerte cercana.

El teatro había sido invadido despues de Loheustein por una especie de manía, que daba tan solo preferencia á lo hinchado, y todos los actores se presentaban como en perspectiva, ufanos y orgullosos, con una gran espada y algunos restos de trajes heroicos, aullando, pateando y dilatándose por todas partes, como ampollas. Preferíanse, pues, las piezas de Corneille y de Moliere, y los juguetes italianos que se traducían y representaban, porque todos se reputaban mejores que las producciones nacionales. Pero cuando en 1708, Stranizki puso en escena una comedia alemana en Viena, los aplausos resonaron por do quiera, y el atollado Hanswurst fué echado en olvido. Lessing, que publicó juicios críticos sobre la poesía dramática, regaló también á sus nacionales un ejemplo del mismo género: como Mina de Baréhelm llena de vivezas cómicas; Sara Sampson, drama patético, y sin embargo, sin las declamaciones puestas en juego por Diderot y Emilia Galotti, en donde representa la escena de Virginia romana, trasladandola á los hogares domésticos. Eugel, su discípulo, dictó buenos preceptos sobre la mimica. Las comedias de Händ y de Kotzebue no tienen vigor ni nervio, pues que sus autores se dirigen mas bien á los golpes de escena, que á la pintura real de la sociedad, salpicando sus producciones con una moral charlatanesca y sentenciosa, y con vicios y virtudes ideales.

Las huellas mas nobles en el teatro alemán son las que estampó Federico Schiller (1759 á 1805). La lectura de Klopstock le había imbuido en sentimientos religiosos y robustos; pero en sus primeras composiciones secundó el rumbo del siglo. En los *Bandoleiros* opone á la sociedad, en donde los astutos prevalecen hasta el punto de aparentar virtudes, la pintura seductora de una compañía de ladrones culpables, pero no viles. Esta producción causó tanto efecto, que algunos jóvenes, abandonando la vida de las ciudades, se lanzaron á los bosques.

En el amor y travesuras hace triunfar también el egoísmo calculador sobre las generosas pasiones juveniles, que no se avienen á doblegarse á las exigencias de un mundo infuico. Tanto el *Don Carlos* como la *Conju-*

racion de Fiesco despiden centellas republicanas, y hacen entrever el presentimiento de mejoras indeterminadas, que se aplican á personajes de otros tiempos, los cuales quitan el timbre de la verdad al efecto dramático. Producciones semejantes le hicieron merecer de la Convencion el título de ciudadano francés; pero cuando llegó á Schiller la carta que le anunciaba lo que acabamos de referir, los seis miembros que la firmaban habían perecido todos de muerte violenta, así que el autor alemán no pudo menos de conocer lo mucho que distan las aplicaciones de las teorías seductoras.

La fecunda variedad, el patético profundo, la poderosa originalidad de Shakspeare no tienen punto de comparación con las dotes dramáticas de Schiller. Este hijo de su siglo falsea los personajes, atribuyéndoles conceptos y sentimientos de otra edad; dogmatiza cuando debería tan solo pintar y conmover; no crea entes reales, como el dramático inglés, sino entes que halagan por su carácter moral, que despues descolló en sus composiciones que forman su segunda época. La lucha entre las resoluciones virtuosas y la intolerancia de toda autoridad moral indisponían á Schiller contra la sociedad, así que en sus composiciones se descubre muy á menudo cierto penoso escepticismo ó mas bien sentimiento de duda; pero cuando la filosofía de Kant le enseñó que la idea de un Dios y el sentimiento del deber son condiciones indispensables para la existencia del hombre, y que éste debe inclinarse reverente ante algunos arcanos, entonces Schiller se inspiró con mas elevación así en la poesía lírica como en la dramática, y procuró atesorar sus triunfos por medio del interes que despierta la parte moral del hombre sobre la material, mostrando el poder del libre albedrío, y haciendo á la tragedia, como él decía, digna de los altos destinos del tiempo.

Fué entonces cuando escribió la trilogía de *Vallenstein*, manteniéndose mas fiel que antes á la historia, y revistiendo todo con caracteres colosales, cuya rudeza, sin embargo, es mitigada por el arte: en esta producción un ideal de bondad y virtud esta siempre puesto como correctivo al lado de los triunfos de la maldad. Llevan el timbre de este mismo sentimiento María Stuardo, el Guillermo Tell y la doncella de Orleans, aunque se nota que en el mismo ennoblecimiento de la naturaleza se complace en seguir mas bien algunos tipos metafísicos que la realidad, los cuales le llevaban á aquel esmero rebuscado y vano, que es un verdadero suplicio de la inteligencia.

Sus dramas fueron representados en la corte de Weimar, que bajo la regencia de Ana Amalia de Brunswick, mereció ser llamada la Atenas de Turingia. Lo mas selecto de los literatos gozaba allí de paz entre los desastres de la guerra de siete años y el hambre de 1772. En efecto, residían en aquella corte Seckendorf, Einsiedel, Knebel, Voigt,

el novelista Museum Herder, que "era mas bien un conjunto de poesía que un poeta;" Bertuch, que creaba la industria del país; Ifland, que representaba sus propias comedias, y Wieland, llamado el educador del príncipe Wolfgang Gothe, habia formado allí un teatro para las personas mas escogidas y lo dirigia él mismo, desplegando á la vista de los concurrentes las obras maestras de todas las naciones, con la imitacion mas preciosa y erudita de sus costumbres. Ya todo tomaba las formas de un teatro antiguo, y el coro bajaba por la orquesta, representándose una comedia de Terencio ó la Ifigenia; ya se reproducian los dramas de Shakspeare ó la indiana *Sacotala*, traducidos por Schlegel, ó el *Mahoma* de Voltaire, la *Fedra* de Racine y las comedias fantásticas de Carlos Gozzi, trasladadas al alemán por Schiller y Goethe.

Pero el espíritu de Schiller, así como su cuerpo, se consumian en aquellos goces tranquilos, y este vate falleció en 1805 [1]. Entonces Goethe [1749—1832], poeta lírico, épico y dramático, novelista, crítico, buen físico é ilustre en todo género de sabiduría, ocupó el puesto supremo, como representante de la literatura alemana. Este autor empezó su carrera con el *Werther*, espresion dolorosa de una sociedad enferma por escepticismo, la cual mientras oscilaba entre un pasado próximo á desplomarse y un porvenir placentero que lisonjeaba aunque no podia encontrarse la manera de alcanzarlo, se hallaba por otra parte en abierta lucha entre una inmensa actividad interior y la monótona cadena del mundo exterior. Goethe con su *Werther* ocasionó suicidios reales, y tuvo una multitud de imitadores de quienes se mofó en *El triunfo del sentimentalismo*, no dejando tampoco de refutar el suicidio en el *Noviciado de Guillermo Meister*; pues que tuvo la fortuna de dar siempre á luz alguna obra maestra, que despues de haber visto seguida por una turba de imitadores, escarneció, deponiendo como la serpiente su antiguo despojo, y volviendo á presentarse con semblanzas nuevas.

En su primer ensayo dramático *Gotz de*

[1] Los que quieran conocer con mas particularidad las obras de Schiller, podrán consultar "*La Alemania*" de madama Staël; la cual, profunda en la literatura de aquella parte de Europa, y llena de entusiasmo por las elevadas producciones de los vates y escritores alemanes de todo género, examina detenidamente, no tan solo sus obras, sino tambien el carácter moral de muchos hombres preclaros de aquella nacion. Nosotros, pues, nos contentaremos con añadir que Schiller, uno de los escritores mas elegantes de Alemania, nos ha dejado ademas de sus famosas tragedias y un crecido número de poesías diversas, que llevan el timbre del genio, dos historias muy apreciadas. á saber: la "*De la Defecion de los Países-Bajos*" y la de "*La Guerra de treinta años*."

[Nota del traductor.]

Berlichingen personifica admirablemente á los feudatarios en su última epoca, presentando sin reglas ni proporciones, y variados como la naturaleza, barones, clero, minesíngeros [1], gitanos, pueblo, tribunales secretos y toda la sociedad germánica. En sus ensayos sobre argumentos, ya griegos ó italianos, ya de otras naciones, tuvo el arte de trasladarse á las sociedades que pintaba. En el mas famoso de sus dramas, *Faust*, abrazó el universo desde Dios hasta el sapo, desde el paraíso hasta las reuniones nocturnas de las brujas, y desde la mansion real hasta los hornillos del alquimista: *Faust*, anheloso de ciencias y goces, entra en pactos con el demonio para probarlo todo hasta la saciedad. Este personaje, que escarnece á la humanidad y que es todo sensualidad y materia, no se eleva sobre los intereses reales, sigue tan solo los halagos del placer, se mofa de todas las virtudes, se sonríe á cualquier padecimiento humano y tiene á su disposicion el sarcasmo para satirizar todo sentimiento generoso. Mefistófeles, que le comupica las doctrinas, le evidencia al mismo tiempo su nulidad, le brinda con el amor, pero desafiando á una niña ingénua hasta el abismo del oprobio y de la miseria, y exclamando al verla ya perdida, *no es la primera*. En esta produccion, pues, el hombre de sentimiento es arrastrado por el hombre de cálculo, y todo da realce á Mefistófeles, que es el mal humanado. Margarita, que respira tan solo un amor puro, es llevada irresistiblemente al pecado, al infanticidio, al patíbulo. *Faust*, despues de la muerte de su amada, se lanza en los bullicios mundanos; observa las torpezas de la política, los delirios de la ciencia y las locuras de las creencias, hasta que finalmente todo se reduce á una unidad ideal ó mas bien abstracta.

Trata, pues, Goethe de resolver el mismo problema de la existencia del mal, que se presentó á la mente de Job; pero mientras que aquel árabe encuentra su solucion en una Providencia consoladora, el autor alemán no halla en un siglo de crítica atrevida é incrédula mas que mofas, orgullo y desesperacion, afirmando que el mal es infinito, eterno é irremediable. Aquel drama, de una gran complicacion, en el cual puede cada uno encontrar lo que quiera, hizo gran mella sobre el carácter alemán, suscitando

[1] Los que en Francia se llamaron trovadores, y que ocupan largas páginas en la historia poética de la edad media, se distinguieron en Alemania con el nombre de *minesíngeros*, y en la Escandinavia se hicieron célebres bajo el nombre de *bardos* y *escaldos*. Las poesías de todos estos vates que respiran nacionalidad, son una coleccion de canciones patrias y de tradiciones populares. Así es, pues, que en Alemania los literatos de gran nota, que han querido sacar á luz los monumentos de su primitiva poesía, han hablado estensamente de los *minesíngeros*.

[Nota del traductor.]

una multitud de escépticos y mofadores de la sabiduría, los cuales no prestan fe al amor, y reniegan de todo idealismo para darse el tono de una elegante incredulidad.

Goethe entretanto no teniendo esto en consideracion, crea con *frente serena y manos ardientes sus personajes*, prescindiendo de su individualidad, y sin tener parte en ellos el corazon; de lo que se jacta. Así, pues, este autor atiende únicamente á la forma, al efecto, y á reproducir, como en un espejo, las imágenes que se le presentan. Ya te parece verle trasformarse en griego, ya lo crees un émulo de Propercio, ya te lleva á las regiones orientales y en donde tuvo su cuna el cristianismo, ó entre los minesíngeros; pero siempre con ingénua sencillez, con figuras atrevidas y con una suavidad de espresiones unas veces graciosas y otras sublimes, segun mejor se le antoje [1]. Añádense á estos tra-

[1] Goethe es uno de los adalides de la literatura alemana, y cuyas obras han adquirido tanta celebridad en Europa, que hoy parece deberse culpar de poco culto al que las ignora; pero nosotros, aunque estamos muy ajenos de disputarle el alto renombre que disfruta, no podemos menos, considerando sus obras relativamente á la moral y á la religion, de reprobarlas, calificándolas de perniciosas. Sin embargo, su patria le debe casi la creacion de una literatura nacional; los escritores y los vates que le habian precedido, no excluyendo de este número al mismo Schiller, habian seguido las huellas de una literatura extranjera, propagada en Alemania por Federico el Grande, que declarándose apóstata de la nacionalidad literaria de su patria, pensó, escribió y obró á la francesa.

El *Werther* es por cierto una produccion que tiene mucha originalidad; pero su lectura abate el espíritu, deja en el corazon un vacío espantoso, y arrastra al suicidio, anulando todas las creencias, que son el único consuelo del hombre desventurado. Los críticos de mas nombradía convienen en que esta novela no es mas que la narracion de la lucha interior, que habia probado Goethe en el mundo; pero esto mismo, que revela su carácter, nos da una idea desventajosa y triste del autor de *Werther*. En efecto, en el *Doctor Faust*, Goethe se descubre á nuestra vista en toda su desnudez, y su repugnante escepticismo previene desde un principio á los lectores contra todo sentimiento moral y religioso del autor. Esta produccion contiene todo lo que de mas grande puede concebir el entendimiento humano, y todo lo que de mas perverso puede crear una imaginacion diabólica. "*El Faust*, dice madama Staël, es la pesadilla del espíritu... En él se encuentra la revelacion diabólica de aquella incredulidad aplicable á todo lo que puede existir de bueno en el mundo." En el Goetz de *Berlichingen* pone de manifiesto el amor á la independencia, ó mas bien aquel sentimiento inquieto y orgulloso, que en todas las épocas, y con especialidad en tiempos de revolucion, se niega á sujetarse á reglas, rechazando el imperio de las leyes. En el conde de *Egmont*, representa el

bajos un número indeterminado de artículos, traducciones, cartas y obras maestras sobre

amor con todo el sentimiento impetuoso que puede producir la exaltacion pronta á arrostrarlo todo. En suma, este autor, si en sus producciones quiere ser clásico, se parece á una bella estatua, pero fria é inmóvil, al paso que cuando se abandona á su genio, puede asemejarse al espíritu del mal, que despliega sus alas sobre el caos de la incredulidad y de la desesperacion.

Goethe fué venerado por sus contemporáneos, visitado por príncipes, y en el año de 1808, Napoleón, despues de haber conversado largo rato con él, se quitó de su botonadura la cruz de la legion de honor y la colocó en el pecho del vate alemán.

Nosotros tenemos muchas biografias de Goethe, pero todas ellas hablan con entusiasmo de aquel génio, están muy lejos de sujetar á un examen verdaderamente crítico y juicioso sus obras, consideradas por el lado de la moral y de la religion, y le prodigan muchísimos elogios por su escepticismo imperturbable hasta los últimos momentos de su vida, como puede notarse de este trozo escandaloso que hemos entresacado de la *Revista de ambos mundos*, T. XX. p. 273, 274.—"Una mañana su obra estaba ya consumada, y Goethe estaba sentado en su gabinete de estudio. El invierno se alejaba de la tierra... se habria dicho que la naturaleza renovada batia en su ventana con todos los ruidos de la tierra y del aire. El octogenario levantándose, habia encontrado el brazo de la muerte: él comprendió lo que todo esto significaba, su mano se esforzó en trazar algunas líneas en el vacío, y en seguida, despues de haber murmurado estas palabras: ¡entra aun mas luz! se colocó mas cómodamente en un rincón de su butaca y espiró. Este fué su fin: murió como Federico II, como Rousseau y como todas las águilas de la tierra, con los ojos elevados hácia el sol. De aquí su odio contra el catolicismo, que acaso en nuestros días tiene la culpa de proclamar demasiado altamente la soberania de la muerte sobre la vida. El ruido lastimero de las campanas lo importuna en sus horas de trabajo; todos estos símbolos consoladores, pero tristes, con los cuales la religion puebla la campiña, turban la serenidad de su paseo de primavera. Su naturaleza altiva se rebela contra esta invasion de la tierra por la muerte, y su furor estalla siempre que encuentra en las sendas verdes el paso estéril de este huésped incómodo: necesita la existencia en su plenitud, sin reminiscencias de partida ni de adios... La misma cruz de Jesus, el signo divino de la redencion no encuentra gracia en él; no le gusta ver las lágrimas que se mezclan con el rocío del cielo... Filósofo pagano, amante apasionado de la lozania, de la vegetacion y de la vida, la muerte seria para él aun una vida sin las fantasmas inventadas por el catolicismo." El estilo de este trozo no es menos insensato que sus ideas; pero dejando aparte sus estravagancias, que huelen á blasfemia, nos parece un pensamiento originalísimo, ó mas bien un delirio impío el en que dice: "el catolicismo, que acaso en nuestros días tiene la culpa de pro-

la óptica y la botánica, y desde luego se conocerá por qué medio Goethe llegó á adquirir una veneración sin límites, pero no sin opositores. "Lo bello no es más que el resultado de una exposición feliz." He aquí la divisa que parece haber tomado este autor. Fué un simple colorista; pero en cuanto al fondo se manifestó indiferente entre la patria y el extranjero, entre Brahma, Júpiter y Cristo; todas las religiones y todas las filosofías, son para él de un mismo quilate; es tan bueno el gobierno turco como el inglés; Bayle no se diferencia de Bossuet; en fin, para Goethe las cosas son siempre buenas en el estado en que se encuentran; para este autor la sabiduría consiste en dejar decir y obrar, y la bienaventuranza en el mirar desde una playa segura al que está agitado por la tormenta. Colocado en la cúspide de tan refinado egoísmo, mira con indiferencia el levantarse y oponerse de las opiniones; los sacudimientos de su patria y el del mundo no despertan ninguna especie de interés en su alma, y necesita tan solo conservar claras y cristalinas sus aguas para que reflejen sus márgenes. Combatió sin duda contra el cinismo volteriano, pero lo hizo con intento de precipitar los ánimos en la indiferencia; aplaudió á algún ingenio que empezaba á descollar, pero lo hizo con la esperanza de un trueque de elogios, y mostrándose siempre pronto á descargar sus rayos contra el que acometiere su divinidad. Por lo demás, podemos decir, que no se constituyó en guía de su siglo, como habría podido hacerlo por haber sido un genio; que se dejó arrastrar por la corriente, y que no dió impulso á los ímpetus nacionales contra el extranjero, ni á los esfuerzos encaminados al logro de la libertad; por lo que ocupa un puesto entre los que son objeto de admiración, pero no de amor; entre los que el poder halaga, pero no teme; y por último entre los que la multitud respeta, pero no bendice.

Goethe y Schiller impulsaron á sus connacionales hacia la naturaleza y el sentimiento, desviándoles de la senda trazada por el extranjero. Estos críticos preclaros analizaban las razones de lo bello, considerándolo como un sentimiento absoluto, sujeto á leyes y condiciones precisas, y elevaban la estética á ciencia filosófica, la cual, juzgando mediante la idea lo que se presenta á los sentidos, reduce á reglas lo que era únicamente una impresión.

Lessing se había propuesto sacar á la crítica de sus apuros y de los bancos escolásticos, en donde se juraba en nombre de Bateau, para brindar á su patria con un género nuevo de prosa y con nuevos criterios de lo bello. Sujetando á un riguroso exámen los

clamar demasiado altamente la soberanía de la muerte sobre la vida." El autor de este famoso trozo cree acaso que la muerte es también una invención de nuestra época?

(Nota del traductor.)

dramas extranjeros que se ponían en escena, tuvo bastante osadía para censurar á Voltaire, no ya con observaciones parciales sobre alguno que otro punto, sino atacando de frente los caracteres y los sentimientos de los personajes que ponía en escena; y para desterrar la afectación elegante no se cuidó de incurrir en trivialidades. En muchos de sus artículos reivindicó la literatura alemana del envilecimiento en que la había sumido la academia de Berlín, así que puede decirse, que la estética le debe su nacimiento. Winckelmann, á decir verdad, había comenzado también á observar, con una sutileza de ingenio no practicada hasta entonces, los monumentos de Roma, y hermanando las teorías con la realidad en la *Historia de las bellas artes*, llegó á descubrir puntos nuevos, aunque adorador idólatra hasta el exclusivismo de las antigüedades é idealista en sus principios. Lessing quiso llevar al hombre al terreno de la realidad, y aunque en esto ascendió, tiene siempre el mérito de haber sostenido lo natural contra lo artificioso, y escarnecido el tropel clásico y el ceremonial francés. Este autor, fijando los límites de la poesía y de la pintura, rejuveneció la crítica, pero le perjudicó el no tener conocimiento de las obras maestras de la antigüedad. Algunas de sus doctrinas que fueron las principales, se creyeron falsas en la aplicación; esta mal fundada su teoría en la que pretende circunscribir la pintura á la esfera tan solo de la plástica, y tirar una línea de demarcación entre las bellas artes, que no pueda traspasarse, colocando en un lugar distinto á la poesía, que es la que anima á todas.

Después de Lessing, un crecido número de escritores se dedicó á pesar las razones de lo bello. Sulzer de Winterthur, metafísico muy acreditado, dió á luz su teoría universal de las bellas artes, proponiéndose por objeto aplicarlas en ventaja de la sociedad y en formar buenos ciudadanos por medio de lo bello. Baumgarten de Berlín dió una forma sistemática á la teoría del gusto, que tituló estética, y definió: *arte del bello pensar*. Calificándola, pues, como un sentimiento, la hace depender de la moral. Dividió su obra en dos partes, la una teórica y la otra práctica, y designó por base de lo bello el conocimiento sensitivo perfecto, que consiste en reducir los pensamientos á la unidad, en la belleza de su coordinación y en la de su expresión y de los objetos correspondientes, á los cuales se oponen las contradicciones de los mismos pensamientos, el desorden de las ideas y de los objetos que representan y la falsa ó mala expresión. Esta no era más que una primera tentativa; pero desde entonces la estética adquirió una existencia independiente por obra de Mendelsohn, Sulzer, Eberhard, y formó parte de la filosofía.

Kant, no pone la esencia de lo bello en los objetos, sino en el entendimiento; distingue el bello libre del adherente, y conformando-

se á su sistema, reduce la idea de lo bello al órden subjetivo; así que no tiene una existencia propia, pero resulta del libre impulso de la imaginación. Fichte, que sacó las últimas consecuencias del kantismo, sujetó el arte á la moral, como todo lo demás, constituyéndola en representante de la lucha del hombre contra la naturaleza, y del triunfo de la libertad. Pero la estética fué verdaderamente constituida y emancipada por la filosofía de Schelling, la cual hace consistir lo bello en la armonía de lo finito con lo infinito, de la existencia fatal con la actividad libre, de la vida con la materia, de la naturaleza con el espíritu; de lo que resulta que el arte es la más elevada manifestación del espíritu mismo. De aquí traen origen los estudios robustos acerca de este noble ejercicio de nuestras facultades, y luego la restauración del arte cristiana considerada hasta entonces como ruda y hueca. Pero marchando á este paso era fácil llegar hasta el punto de confundir filosofía, arte, religión y todas las formas propias á cada una de ellas. En efecto, surgieron algunas abstracciones sentimentales, místicas y simbólicas, no tan solo en la literatura, sino también en las artes figurativas.

Hegel determinó aun mejor los confines del arte, colocándola en un grado inferior al de la religión y de la filosofía, como representante de lo verdadero bajo formas sensibles, y que llegan al espíritu por medio de los sentidos y de la imaginación. Habiéndola estudiado después en su manifestación histórica, dió la teoría de las artes particulares, determinando los principios y las formas esenciales de cada una de ellas, y formando de esta manera un sistema completo.

Fundada la estética en la psicología la desarrollaron Krug, Hagedorn, Heinico, Herder, Henger. Sulzer en su *mejor manera de leer á la juventud los clásicos*, entresaca de éstos los artificios de bellezas nuevas, designándolas un lugar distinto de lo bueno y de lo perfecto. Tíck eleva la crítica á la sublimidad moral (1772-1829). Guillermo Schlegel dió un curso de literatura dramática extenso y profundo; Federico, su hermano, suponiendo que no puede existir una verdadera ciencia sin conocerlo todo, estudió muchas lenguas, y haciéndose contemporáneo de romanos, griegos, caudeos é indios, echó de ver el origen común de los hombres por el cotejo de las palabras que espresan las ideas primitivas; sujetó á examen severo los textos de los clásicos; se dió á procurar sus mejores ediciones, y adquiriendo osadía á fuerza de paciencia, estendió sus dudas sobre los antiguos trabajos, descartó algunas de sus partes, y apoyó en razones filológicas las innovaciones filosóficas de Vico, que reducían á un tipo ideal á Homero. En su historia de la literatura antigua y moderna, después de haber demostrado que sabía comprender todo aquello que de grande y bello ofrecen la poesía de los griegos, el genio ro-

mano, la inspiración hebrea y el desarrollo intelectual de los modernos, lo dirigió al objeto que le pareció el único á propósito para producir la innovación de las letras y de las ciencias, á saber, la reunión de la fe con la sabiduría.

Se introdujo de esta manera una crítica iniciadora, la cual no se cuida solo de lo pasado, sino también de lo que puede suceder; de una crítica que lanza sus conjeturas en el vasto mar del futuro contingente; de una crítica que tomando por punto de partida lo que han hecho los genios más diversos, indica hasta dónde podría llegar un genio nuevo; de una crítica, finalmente, que abandonando las mezquindades de los humanistas y la inclinación prosaica de Kant, se estienda sobre la sabiduría universal y los sistemas religiosos y políticos. No limitándose, pues, al estudio de las diversas formas, quiso también indagar la razón de la vida y de la duración de las varias literaturas; no utilizó tanto en descubrir defectos como en aumentar los placeres, revelando méritos nuevos en los originales; se esforzó en buscar lagunas para llenarlas, escombros para recomponerlos, y civilizaciones muertas para resucitarlas. El espíritu crítico y especulativo alcanzó el drama, la poesía lírica, y llegó hasta la creación, y después de haber analizado el corazón, supo hacerlo palpar.

La literatura alemana, habiendo tomado parte en la lucha nacional contra el extranjero, y no encontrando en épocas vecinas cosas dignas de entusiasmo, se lanzó á la edad media y aun más allá. Meditó sobre la antigua importancia de la raza germánica y sobre la libertad, la caballería, la poesía y el arte cristiano, que se derivan de aquella; meditó sobre la primacía que le había sido conferida con el imperio y que perdió sujetándose á la influencia francesa, tanto en la política como en la literatura, y finalmente, vino á concluir que era menester buscar la originalidad [1766-1817]. La baronesa de Staël, hija de Necker, recibió sus inspiraciones del aura que mecía estas ideas en las cabezas alemanas. Esta mujer, á pesar de que no era un genio, no dejaba de tener muchísima eficacia, porque hermanaba el vigor del hombre con las gracias propias de su sexo, y la fantasía con la razón. Habiendo sido educada en los tiempos primitivos de la revolución entre el positivismo y el brillo del espíritu, se inclinó con cariño en medio de tantos cambios llenos de esperanzas, á los impulsos que su padre había comunicado á la revolución; pero cuando sobrevinieron los horrores y el desengaño, meditó y escribió una asombrosa defensa en favor de María Antonieta: lamento sublime de mujer y de madre. Después de haber regresado á su patria en tiempos más sossegados, procuró restaurar la sociedad, la cultura, la delicadeza, é infundir aliento al espíritu, llegando por este medio á ser una potencia. Su educación y sus creencias, el respeto que se te-